

## ¿PODEMOS VIVIR COMO SI DIOS NO EXISTIERA?

En estos últimos tiempos, podemos decir que nuestra sociedad vive de alguna manera como si Dios no existiera. Poco a poco han ido proliferando los agnósticos y ateos. Y, más allá de éstos que han dedicado tiempo a pensar en la posibilidad de la existencia de un ser supremo como para poder optar por su agnosticismo o ateísmo, abundan cada vez más aquellos que pasan completamente de Dios sin llegar a plantearse mínimamente su existencia y su actuación en nuestro mundo y en nuestra historia.

¿Pero es posible vivir sin tener en cuenta a Dios? ¿Es posible vivir como si Dios no existiera?

La Sagrada Escritura nos enseña que en el origen fuimos creados a imagen y semejanza de Dios.

Y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó» (Gn 1, 26-27)

De modo que tenemos su huella marcada en lo más profundo de nuestro ser. Una huella que se traduce en nuestro deseo de vivir invadidos por el amor, ya que, tal y como afirma el apóstol san Juan, Dios es amor: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (1Jn 4, 8).

Y el camino para conseguir este objetivo nos lo ha mostrado Dios en su Hijo, el cual se hizo uno como nosotros para que nosotros

llegáramos a ser como Dios. Tal y como afirma san Atanasio: «El Verbo de Dios se ha hecho hombre para que el hombre se hiciera Dios» (*De incarnatione Verbi* 54, 3). En él estaba (y está) la vida y la vida era (y es) la luz de los hombres (cf. Jn 1, 4).

Su encarnación ha supuesto que la naturaleza humana haya sido asumida por la divinidad. Y en su resurrección, por tanto, ha sido también glorificada la naturaleza humana, ya que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Alcanzando el género humano, por esta divinización, la máxima comunión con su Creador.

Por ello, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Él es el hombre perfecto que nos enseña el camino para alcanzar nosotros la perfección. Por ello, solamente podemos ser personas en plenitud en la medida que él está presente en nuestras vidas.

Y esto lo conseguimos celebrando los sacramentos, ya que su finalidad propia es tener presente a Dios en los momentos importantes de nuestras vidas y actualizar su don, fruto de su amor por la humanidad. Por medio de los sacramentos recibimos la gracia del Espíritu Santo para orientar nuestra existencia humana en otra dimensión: la divina. Es por ello que decimos que los sacramentos son necesarios en la vida de las personas para poder vivir en plenitud. Los sacramentos nos ponen en comunión con nuestro Creador y con la humanidad reconciliada por la muerte y resurrección de Cristo Jesús y dan vida a la huella que él dejó impresa en nuestro interior; dicho de otra manera, reavivan nuestra «imagen y semejanza».

A lo largo de las páginas de este número de *Phase* ofrecemos una reflexión sobre por qué son necesarios y qué nos aportan los sacramentos, concretamente el bautismo, la reconciliación, el matrimonio y el orden; Julián López, Lino Emilio Díez, Dionisio Borobio y Pere Tena, respectivamente, son sus autores. Y para enmarcar estos artículos específicos, encabeza el número un artículo en clave teológica dedicado a la novedad cristiana en Cristo, preparado por Salvador Pié.

Dos puntos de vista completan el estudio del tema: uno sobre las parejas de hecho, escrito por Montserrat Ibáñez, y otro sobre el

significado y las implicaciones de casarse por la Iglesia, preparado por José Antonio Goñi. Además ofrecemos otro punto de vista de Josep Lligadas, que, aunque no tiene relación con el tema, no por eso dejamos de publicarlo, pues los puntos de vista pueden ser sobre cualquier tema.

Para concluir, la revista ofrece las secciones de *Crónicas y Libros*, donde en la primera damos cuenta del sentido homenaje a Don Bernardo Velado Graña en el seno de la sesión anual de la Asociación Española de Profesores de Liturgia (AEPL).

Jaume FONTBONA